

Sesión 4 Psicopedagogía para una renovada clase de Religión

Martes 16 de marzo de 2021
17:30 a 19:30

PANEL DE DEBATE

INTERIORIDAD HABITADA

Josep Otón Catalán

Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Barcelona (ISCREB).
Facultad de Teología de Cataluña (Barcelona)

1. Escuela, religión e interioridad

En primer lugar, quería aclarar la perspectiva desde la cual voy a reflexionar sobre el papel de la interioridad en la clase de religión. Desde hace muchos años colaboro, promuevo y escribo sobre la educación de la interioridad.¹ Por otra parte, como catedrático de Historia en un instituto público convivo con los profesores de religión en el Departamento de Ciencias Sociales y mantengo una gran complicidad con ellos.

A veces da la impresión que la religión es una intrusa en la escuela. Incluso se plantea si tiene sentido su presencia entre las materias curriculares. La función de la escuela es transmitir un legado cultural que se concreta en las ciencias y en las humanidades. Sin embargo, no podemos olvidar el trasfondo religioso que ha dado lugar al humanismo propio del continente europeo. Dejar de lado el papel del cristianismo en la reflexión, la ética y el arte propios de la cultura occidental, supone una dejación, privar a la enseñanza de las humanidades de uno de los referentes esenciales para su comprensión.

Además, a menudo también olvidamos que la ciencia hunde sus raíces en el patrimonio cultural del cristianismo. Muchos de sus avances se los debemos a científicos creyentes. Y tanto el énfasis en la experiencia empírica como en la argumentación racional están marcados por la impronta del pensamiento cristiano.

Por otra parte, desde hace años se hace patente la necesidad de educar la interioridad. Ahora bien, de manera similar a la religión, también la interioridad puede ser considerada una intrusa en la escuela, un nuevo elemento que se ha introducido producto de una moda pasajera. Siempre se ha educado la interioridad, pero el nuevo contexto sociocultural reclama renovar las metodologías. Sin duda, es uno de los grandes retos a los que se enfrenta la escuela. El escritor Jaume Cabré, que había sido profesor de instituto, declaraba en una entrevista publicada hace algunos años que “la auténtica educación consiste en enseñar a los niños a construir su propio mundo interior”. Por ejemplo, uno de los lugares privilegiados donde se produce la construcción del mundo interior es el ámbito de la narración, una competencia educativa.

¹ Sobre la interioridad en su dimensión más pedagógica he escrito recientemente Interioridad y espiritualidad (Ed. Sal Terrae 2018). Y sobre la interioridad como espacio privilegiado de la experiencia de Dios: Tabor. El Dios oculto en la experiencia (Sal Terrae 2020).

En esta misma línea, el escultor Jaume Plensa afirmaba en un documental que “la misión de la escuela es enriquecer el mundo interior de los niños, que es lo que nos mantiene en pie”. La interioridad es como esa columna vertebral que nos mantiene erguidos. Por tanto, educar la interioridad no es un elemento nuevo, una extravagancia, sino algo inherente a la escuela. Educar siempre es educar la interioridad.

2. Hacia una comprensión de la interioridad

Definir qué es la interioridad no es una tarea fácil. En la Biblia no se utiliza esta palabra, pero aparece otra con el mismo significado, el corazón. Sin embargo, el corazón bíblico no se limita exclusivamente al ámbito de las emociones, tal y como lo entendemos hoy en día, sino más bien a la formación de la subjetividad a la que aludía Carmen Pellicer en su intervención.

Para entender a qué nos referimos cuando hablamos de interioridad tenemos que tener en cuenta tres aspectos. En primer lugar, la interioridad implica profundidad. Lo contrario de la interioridad no es la exterioridad, sino la superficialidad. En un mundo muy banal necesitamos ahondar nuestras raíces y para ello es necesario trabajar la dimensión interior. En segundo lugar, la interioridad nos lleva al descubrimiento de la propia identidad, de la autenticidad quiénes somos. Vivimos en una sociedad que constantemente nos invita a escondernos tras la máscara de los “avatares”, a estar alienados, a ser otro, a huir de nosotros mismos. Por último, la interioridad nos remite al centro de la persona. En un mundo que nos incita a dispersarnos continuamente necesitamos un eje vertebrador; la quilla que da estabilidad al barco e impide que sea zarandeado a merced de las olas.

3. La hospitalidad interior: educar la interioridad en la clase de religión

En mi opinión toda la escuela, todas las asignaturas, nos encaminan a educar la interioridad. En la expresión artística, la educación física, la ciencia, la literatura o la ética podemos encontrar aportaciones que nos ayuden a trabajar el mundo interior. Sin embargo, desde la perspectiva de un docente que no es profesor de religión, considero que la interioridad está profundamente imbricada con esta materia. La religión aporta un ingrediente específico y esencial en la educación del mundo interior. En concreto debe contribuir a la construcción de la hospitalidad interior.

Podemos entender la interioridad como un castillo interior a la defensiva, impermeable, herméticamente cerrado a lo de fuera. En cambio, la etimología de la palabra religión -religare- nos proporciona una pista para captar el sentido auténtico de la interioridad: un espacio de relación, de vínculo, de comunicación con los otros y con el Otro. La religión nos empuja a ir más allá del descubrimiento de uno mismo, de la propia identidad, de nuestro centro. Nos remite a una interioridad abierta que se deja habitar, a una interioridad que acoge la realidad, al otro y a la transcendencia. Así podemos entender esta fortaleza interior tal como Santa Teresa la describía, con un centro habitado por Alguien que no somos nosotros. O como san Agustín, para quien Dios está más cerca de nosotros, de nuestra más profunda intimidad, que nosotros mismos. Por lo tanto, la interioridad tiene que estar abierta a la realidad, a la alteridad y a la profundidad de uno mismo, ese pozo sin fondo, que somos nosotros.

Teniendo en cuenta esta comprensión abierta de la interioridad propia de la religión, la aportación de la clase de religión católica en relación a la interioridad debería ahondar en tres aspectos:

1) Presentar la realidad como creación, como don. Esto supone una actitud responsable con algo que no nos pertenece. No podemos usarla a nuestro antojo, ni mucho menos, abusar de ella. La fe en un Dios creador nos permite entender la realidad como un regalo que hay que acoger desde el agradecimiento. Este es el fundamento de la conciencia ecológica, la sostenibilidad, desde una perspectiva cristiana. Y también el propio cuerpo. Tenemos que preparar una interioridad capaz de acoger la realidad -la naturaleza, los acontecimientos, el propio cuerpo- y entenderla a través de una narrativa, de una hermenéutica. Entonces la realidad se convierte en parábola, nos aporta significantes que aluden a un significado sagrado.

2) Cuidar del otro. En el lenguaje evangélico sería “dar de comer al hambriento”. Una de las aportaciones del cristianismo es entender al otro como prójimo, tal y como explica Jesús en la parábola del buen samaritano. Pero, ¿quién es nuestro prójimo? Por una parte, es el que tienes cerca, pero resulta que el que tienes cerca es cualquier ser humano (oxímoron). No podemos restringir el amor al círculo de nuestros íntimos. El evangelio nos invita a un amor universal. Podemos cuidar de nuestra familia, de nuestros amigos... y acabar pensando que mi pueblo, mi clan, mi tribu, es mejor que el de los demás. En cambio, el cristianismo propone que ese prójimo es cualquier ser humano porque es, en el fondo, alguien próximo a mí. Además, ese prójimo es alguien vulnerable, alguien que necesita mi ayuda. El cristianismo nos invita a entender al otro como alguien que me necesita y a quien debo acoger en mi interior y no un objeto del que me puedo apropiar. Alguien que interiormente tiene que ser mi huésped porque, si no lo acojo en mi interior con sus problemas, difícilmente le podré ayudar.

3) Abrirse a las profundidades de uno mismo, a la espiritualidad. Pero se trata de una espiritualidad que nos invita a reconocer la presencia de Dios en la hondura de cada ser humano; de percibir al Espíritu Santo en el corazón de cada creyente. Es el castillo interior de santa Teresa en cuyo centro, la estancia principal, habita Dios. Gracias a su habilidad en la escritura, a su capacidad de comunicación, esta mujer pudo articular su experiencia y transmitirla. Hay una relación estrecha entre el reconocimiento de la presencia de Dios en nuestro interior y la capacidad de comunicarla, de compartirla, de escribirla. La escuela tiene mucho que hacer en este ámbito.

La interioridad, desde una perspectiva cristiana, debe abrirse para acoger la realidad, al prójimo y a Dios. La vida interior no nos tiene que llevar a un misticismo vacío, hueco, narcisista. Por el contrario, nos tiene que empujar a una reconciliación con la realidad como regalo; con el otro como prójimo, como individuo que llega en una patera pero que, en el fondo, pertenecemos a la misma familia y me necesita; y con la dimensión espiritual, el espíritu, santuario interior donde habita el Espíritu.

Termino con unas palabras del gran pensador Emmanuel Mounier que nos hablan de la interioridad y critican su ausencia en nuestro mundo:

“La huida de quienes van por la vida sin haber sentido aún que no tienen tierra bajo los pies, porque solo viven apoyados en la costumbre y arrastrados por la corriente

ciega del vivir. Viven vertidos en el cauce de las cosas, que corren y pasan sin tener tiempo para la reflexión, para el descubrimiento de sí mismos, de su función y su puesto en el mundo. No ha penetrado en su interioridad y, por ello, no se conocen y al no reconocerse, navegan sin brújula por el mundo”.

Que la escuela, la enseñanza, la educación de la interioridad y la clase de religión nos ayuden a evitar este desconcierto de nuestro tiempo.

